

Hacia una vida religiosa sinodal

Ignacio Madera Vargas, SDS

Cuadernos de Estudio OLS N.º 008 | Septiembre de 2025



Observatorio
Latinoamericano
de la Sinodalidad

Hacia una vida religiosa sinodal

Ignacio Madera Vargas, SDS



Observatorio
Latinoamericano
de la Sinodalidad

Cuadernos de Estudio OLS N.º 008 | Septiembre de 2025

Cuadernos de Estudio OLS • No. 008 • Septiembre de 2025
ISBN: ISBN: 978-9915-9843-0-8

* * *

Consejo Observatorio Latinoamericano de la Sinodalidad

Agenor Brighenti

Silvia Cáceres

Moema Miranda

Alejandro Ortiz

Carlos Schickendantz

Autor

Ignacio Madera Vargas, SDS

Dirección editorial

Óscar Elizalde Prada

Rosario Hermano

Revisión de estilo

Óscar Elizalde Prada

Proyecto gráfico

Giovanny Pinzón Salamanca

Diseño y diagramación

Milton Ruiz Clavijo

Portada:

Milton Ruiz Clavijo

© 2025, Observatorio Latinoamericano de la Sinodalidad

Juana de Arco 3324 – CP 11700

Montevideo – Uruguay.

Teléfono: (598) 99 177 138

E-mail: observatoriosinodalidad@gmail.com

www.observatoriosinodalidad.org

El Observatorio Latinoamericano de la Sinodalidad es liderado por la Fundación Amerindia y cuenta con el apoyo de Porticus. Esta publicación puede ser reproducida citando la fuente.

Como religioso, estoy incluido en el contenido lógico de todo lo que planteo, tanto de lo que es realidad del presente como lo que es deseo o utopía a perseguir desde ya; o sea, estoy auto-implicado en cuanto que el estilo de vida en el cual vivo el cristianismo es la vida religiosa en la Iglesia católica.

Me propongo reflexionar acerca de los desafíos a los que está llamada a responder una vida religiosa sinodal a nivel de: la auto-comprensión de su ser en la Iglesia, las relaciones *ad-intra* y *ad-extra*, el ejercicio de la autoridad y la renovación de estructuras.

La vida religiosa sinodal supone dos tipos de procesos: personales de recuperación de su sentido a partir del seguimiento contextualizado de Jesucristo, y procesos institucionales de renovación de estructuras

Hacia una vida religiosa sinodal

I. Presupuestos

Me permito expresar los presupuestos con los cuales ofrezco esta reflexión, porque cada día me convenzo más de la imposibilidad de reflexiones asépticas, que no pre-supongan algunas afirmaciones que señalan convicciones. Fiel entonces a esta intencionalidad voy a plantear aquellos con los que me aproximo al reflexionar acerca de una vida religiosa sinodal.

Lo primero es un hecho existencial. Como religioso, estoy incluido en el contenido lógico de todo lo que planteo, tanto de lo que es realidad del presente como lo que es deseo o utopía a perseguir desde ya; o sea, estoy auto-implicado en cuanto que el estilo de vida en el cual vivo el cristianismo es la vida religiosa en la Iglesia católica¹.

En segundo lugar, considero que, en el caso de América Latina, una de las instituciones de Iglesia que más se ha sacudido, teológica y praxeológicamente, con ocasión del Concilio Vaticano II y

en el caso latinoamericano y caribeño de la lectura que del mismo han hecho las conferencias episcopales latinoamericanas, ha sido la vida religiosa desde sus bases y sus organismos de animación como la Confederación Latinoamericana y Caribeña de Religiosos y Religiosas (CLAR), las conferencias nacionales de religiosos y religiosas, y la mayoría de las comunidades en particular. Rol importantísimo en este proceso ha sido el de los equipos de teólogos y teólogas, asesores de estas instancias.

En tercer lugar la convicción que la teología de la vida religiosa en el continente y las búsquedas de asumir con valentía y arrojo las presencias proféticas en los márgenes y en las situaciones de marginalidad, han tenido en la vida religiosa femenina el puntal de lanza y la profecía esperada, porque el clericalismo de los varones ordenados, o la profesionalización especializada de los no ordenados, les han hecho poco entusiastas para la participación en congresos y eventos en los cuales se produce teología y se señalan derroteros de presencias y compromisos alternativos. No se excluyen de esta indiferencia lo que conllevan las propuestas del papa Francisco con relación a la sinodalidad como el modo de ser de la Iglesia del presente y el futuro.

A la luz de lo anterior, me propongo reflexionar acerca de los desafíos a los que está llamada a responder una vida religiosa sinodal a nivel de: la autocomprensión de su ser en la Iglesia, las relaciones *ad-intra* y *ad-extra*, el ejercicio de la autoridad y la renovación de estructuras. Con lo anterior, estoy dejando en claro que la vida religiosa sinodal supone dos tipos de procesos: personales de recuperación de su sentido a partir del seguimiento contextualizado de Jesucristo, y procesos institucionales de renovación de estructuras.

2. Autocomprensión

La teología de la vida religiosa tiene una especificidad original. Se trata de teologizar acerca de un estilo de vida, no de una conceptualidad teológica o de hacer hermenéutica de una confesión de fe, se trata de la hermenéutica de una manera de vivir en la Iglesia que surgió en su historia como un don del Espíritu, buscando radicalizar la respuesta a la vocación a la vida cristiana desde coloridos particulares que, del conjunto de la revelación, especialmente la revelación neotestamentaria, los fundadores y fundadoras han resaltado para su grupo de seguidores.

De allí que el Concilio Vaticano II, en *Perfectae caritatis*², haya señalado con claridad los criterios para una adecuada renovación de la vida religiosa: la vuelta a la Escritura y la vuelta a la intencionalidad original de los fundadores, a la luz de las realidades del mundo presente.

El Vaticano II y las conferencias de religiosos, no solo de América Latina sino también de Estados Unidos y Canadá, Europa, Asia, África y Oceanía, tomaron en serio desde sus respectivas identidades contextualizadas la llamada a una renovación. Esto suponía superar comprensiones de la vida religiosa que se fueron solidificando en el devenir de la historia de la Iglesia, que la definieron como “estado de perfección” llamada a una *fuga mundi* para vivir en el mundo de la trascendencia sin contaminarse de la inmanencia, unido esto a una jerarquización que llevó a dos modalidades del ser religioso: las monjas de coro y las hermanas legas, los monjes hermanos y los monjes ordenados, y las comunidades clericales con hermanos legos sin los derechos de los clericales, pero con tantas obligaciones y más que ellos. Realmente el giro que la vida religiosa dio implicó la supresión de los legos y legas y la formación

unificada entre ordenados y no ordenados hasta lograr, con el papa Francisco, la igualdad de todos en las comunidades clericales³. Ya se había logrado la anulación de las diferencias entre las hermanas de coro consideradas superiores a las legas.

Avanzar hacia una vida religiosa sinodal conlleva un giro en la comprensión que elude todo perfeccionismo para colocarse en la condición de seguidor o seguidora de Jesucristo desde la común vocación bautismal. La búsqueda de la perfección no es exclusividad de los religiosos sino una llamada evangélica a serlo a la manera del Padre en la común vocación a seguir a Jesucristo (cf. *Mt* 5,48). La vida religiosa sinodal se identifica, así, como un estilo de vida en la dinámica de los distintos estilos de vida que nos ofrece la experiencia evangélica. Uno es el estilo de las multitudes que lo seguían, otro el de las mujeres que se ocupan del soporte a los cercanos a Jesús⁴, otro el de los discípulos, los Doce (cf. *Mt* 10,2-4); pero ninguno de estos estilos es considerado ónticamente superior porque no será así entre nosotros: el que quiera ser el primero, que se haga el servidor de todos (cf. *Mt* 20,25-27). La vida religiosa se va identificando como peregrina junto al resto de los cristianos en la búsqueda de apasionarse por el Reino y por la humanidad⁵.

Lo anterior supone una valoración de las intencionalidades originales del carisma, de la espiritualidad y de la misión legadas por los fundadores que diseñan lo propio del religioso o religiosa y no establecen diferencias ontológicas de un “más cristiano” o de un estado superior al resto de los cristianos. Venga aquí la bella expresión del papa Francisco: “a nadie han bautizado obispo, ni cura, ni monja, todos son fieles cristianos”⁶, para señalar el carácter sinodal de un estilo de vida que se ha iniciado en la historia como una búsqueda de radicalización de la respuesta a la llamada a seguir a

Jesucristo, pero no soporta hoy, desde una perspectiva sinodal del “caminar juntos” como pueblo santo fiel de Dios, jerarquizaciones en la autocomprensión del ser del religioso o religiosa.

Lo dicho no desdibuja el valor de nuestro estilo de vida, sino que lo sitúa en lo más genuino de sus raíces evangélicas y de la pluralidad de dones del Espíritu a su Iglesia. Uno de ellos es el don de la vida religiosa para ser, en ella, lo que Johan Baptist Metz expresó con singular maestría: vivir sobre las crestas de la profecía el proyecto cristiano para así jalonar a la gran Iglesia en sus búsquedas renovadoras, al lado, entre y con el pueblo santo fiel de Dios, del que es parte⁷.

Comprenderse en el camino como los discípulos de Emaús es asumir las confusiones de este momento en el cual asistimos a la reducción significativa del número de vocaciones a la vida religiosa —sobre todo la femenina—, el envejecimiento y el riesgo de declararse vencida y llamada al arte del buen morir ante el cierre de tantos conventos, colegios y obras apostólicas gigantescas de ayer⁸.

Podemos sentirnos confundidos porque no siempre se supera la mentalidad de cristiandad creyendo que el número de miembros es el que señala vitalidad, y no el entusiasmo por la misión y el no declararse vencidos como ha sido el singular testimonio de un religioso Papa que nos ha interpelado generando esperanza sin importar edad o limitaciones corporales asumibles. Mas que seguir discutiendo por los caminos de la vida actual acerca de los males que le aquejan, este estilo de vida evangélica debe tomar cada día más y más conciencia que, escuchar al Resucitado llamando a tomar en las manos el mundo del presente es lo que puede hacer que el corazón arda, y de la angustia por el número la vida reli-

giosa sinodal pase al gustoso sabor de escuchar los susurros del Espíritu en este momento particular de la historia que es el suyo.

Se trata de realizar procesos personales de auto regeneración de la condición de seguidores y seguidoras de Jesús en pueblo, en común unidad con laicos, desde una sana intercongregacionalidad generosa que unifica fuerzas y recupera el optimismo, que invita al desarrollo de una profunda confianza en Dios, por la escucha, el discernimiento y la profecía renovada, evitando los recelos ante la juventud y sus modalidades digitales, las tecnologías generadoras de nuevas adicciones y los desafíos del desarrollo de las ciencias⁹.

La fe es una manera de posicionarse ante la incertidumbre, de manera que el amor primero sea siempre renovado en la esperanza y en la certeza en que lo que debe permanecer no son las instituciones sino el carisma que es don a la Iglesia, y que el Espíritu puede suscitar otras modalidades de expresión y vivencia capaces de renovar todas las cosas. Novedades que pueden superar los modelos actuales hacia otras formas de asociación y compromisos desde el mismo llamado a vivir el carisma, la espiritualidad y la misión. Esta dimensión de la acción del Espíritu es la que dinamiza una búsqueda de conversión junto a todos aquellos y aquellas que, como nosotros, desde sus particulares estilos de vida, buscan y encuentran a Dios.

3. Relaciones

Los votos de pobreza, castidad y obediencia han sido las tres dimensiones con las que se ha caracterizado la vida religiosa y en los cuales se enfocó una gran parte de la reflexión teológica sobre ella. Una vida religiosa sinodal está llamada a superar el centrarse

en los tres votos como su exclusividad, para abrirse a su comprensión como un estilo de seguimiento de Jesús, que a partir de la condición bautismal, como parte del pueblo santo de Dios, se realiza en la vida cotidiana estimulada y animada por la pasión por Cristo y por el Reino, y los votos son expresión de esta opción fundamental, puesto que todo cristiano está llamado a vivir la pobreza como opción por los pobres, la obediencia a la voluntad del Padre y la castidad como manera evangélica de amar en libertad. Los votos no son exclusividad de la vida religiosa pero sí su manera específica de vivirlos como un estilo de vida evangélica con sus acentos y peculiaridades carismáticas.

Una vida religiosa sinodal se realiza, entonces, en comunión con todos los demás estilos de vida en la Iglesia, buscando con todos aquellos y aquellas que en el mismo espíritu y las mismas intencionalidades se comprometen con la humanización, la defensa de la creación y con todo lo que anticipa el Reino desde ya; por ello, abierta a compartir los carismas con los laicos que se sientan llamados y llamadas a ello y a unir sus fuerzas y poner sus dones al servicio de la comunión con obispos, presbíteros y laicos y laicas en una misma sintonía en clave de misión.

Una vida religiosa sinodal se realiza en el contexto actual de liquidez y ligereza¹⁰ de neoconservadurismos que también la afectan y se va consolidando como un estilo de vida alternativo a los “mundos” de este tiempo, y donde la *fuga mundi* de ayer se comprenda como imposibilidad de contemporizar con los sistemas de inequidad e injusticia generados por el capitalismo neoliberal que mata.

¿Hacia dónde apuntar en un tiempo líquido? Me voy a autorizar a volver sobre la vida para decirles hacia donde considero nos señala el Espíritu los derroteros de la sinodalidad.

Una vida religiosa que se interesa por lo que pasa en el mundo y en su país, que analiza y cuestiona, se vincula con otros y otras que luchan por los derechos humanos, la defensa sin condiciones de la vida, la preservación de la creación. Cuando sabe tocar el dolor y acercarse al margen donde se cuece y marchita la vida por la pobreza, la drogadicción, la prostitución, la cárcel, la enfermedad terminal y tabú, la calle y el desempleo, entonces no es la obligación de optar por los pobres a la fuerza lo que le conduce a actuar olvidando la propia condición de clase, sino la escucha de los rumores de los vientos del Espíritu, desde el ojo del huracán de los favoritos del Reino. Bajarse del balcón de la discusión sobre la legitimidad o no de la opción por los pobres para entrarse a andar por los caminos en donde los “Cristos rotos” y dolientes de las calles y campos urgen a una presencia de amor que renuncia a la ideologización y se compromete en la lucha por bajar de la cruz a los pobres.

Cuando un religioso hermano joven o adulto, mayor o anciano, mantiene la mística pasión de ver a Dios en todo y por todo. Cuando orar no es el fardo sin soportes de una obligación diaria, sino la ocasión sin par de encontrarse en la intimidad consigo mismo y con el Padre, de entregar su vida, sus penas, sus esperanzas e ilusiones, su amor. Cuando sabe irse al desierto por libre iniciativa y no porque le han mandado, cuando se calla para oír los dichos de Dios desde las realidades más fluidas y desesperantes, cuando no elude los retos de un relativismo mórbido, colocando en la profundidad del sagrario o en la belleza de una flor, o en la inmensidad de una llanura, el altar de su propia vida y la encantadora pasión de una espiritualidad que hace sublime, entonces está siendo una mujer o un hombre del Espíritu que no

se deja zarandear por aquí y por allá como una caña batida por el viento¹¹ sino que se deja caer en los brazos de su Salvador.

Una vida religiosa que en los terceros mundos, pero igualmente en todos los mundo, abre su red de relaciones *ad extra* pensando en comunidad y discerniendo con sereno realismo acerca de las posibilidades de su contexto, para buscar su compromiso y su proyección desde sus carismas, y planificar y buscar la colaboración de muchos otros, cuando abre su visión y ensaya nuevas metodologías y nuevas estrategias, encuentra los tiempos para reunirse y buscar, más allá y más acá de las ocupaciones de cada uno; cuando los pobres le apasionan porque siente gozo de ser compañeros de su desarrollo y su progreso; cuando se siente a gusto rodeada de obreros, de loteros, de vendedores ambulantes, de trabajadoras del hogar, de empleadas y campesinas de ciudad, entonces algo del Espíritu está soplando y no es la rigidez de unos cánones o el cumplimiento frío de una norma lo que va sosteniendo la vida.

Y cuando a pesar de todos los rechazos, calumnias, desengaños, invisibilizaciones que le pueden venir de la institución, un religioso permanece fiel, serenamente fiel, continua en la brega y no se amilana, supera sus dolores en la serena claridad de estar buscando a Dios; soporta con altura porque ha comprendido en qué consiste colocar la otra mejilla, se yergue vertical ante tantas injusticias repetidas. Entonces tenemos que decir que el Espíritu que soportó al Maestro y le dio la fortaleza de ponerse de pie y leer el rollo del profeta Isaías, sigue generando admiración porque la Escritura se sigue cumpliendo hoy (cf. Lc 4,18). Sigue permaneciendo la palabra eficaz que señala que algunos, a pesar de los vientos huracanados de lo fluido y deleznable, se mantienen prendidos a la barca y siguen remando mar adentro.

Ante lo que se ofrece como vida líquida, al interior de la sociedad, de la Iglesia y de la vida religiosa, me permito sugerir una alternativa que, por exigente, no se consolida como extraña: el dejar fluir la vida en el Espíritu. No es recurriendo a la modernidad del pasado de los grandes relatos y los absolutos inmóviles como podemos vivir una existencia feliz en tiempos de vaivenes insoportables, sino desarrollando en profundidad la mística pasión por el Reino predicado por el Señor Jesucristo. No es contemporizando con lo temporal y la relatividad, sino impulsados y dinamizados por una fuerza mayor que lo posible, la fuerza del Espíritu que nos ha ido señalando los caminos y mostrando por donde andan las verdades.

Entonces los desafíos del Espíritu van por una recuperación del sentido fundamental de la fe como sentido mayor más allá de los dogmatismos y las creencias a ciegas. El Espíritu ordenador del caos: ¡Ese es el desafío! El Espíritu que está para abrirnos los ojos y los oídos para ver y oír. Para ver sin espantarnos las mentiras y engaños de tanta baratija que se ofrece como dadora de sentido: el gozo del instante, el placer desorbitado, el confort, el relax, la pérdida del tiempo útil.

El Espíritu recreando las obsesiones y las afecciones psicológicas que generan tanta represión y tanta desorientación del norte fundamental de la fe y de la vida religiosa: hacer presente el Reino, buscar otro mundo posible, otro país, otro barrio, otra casa religiosa, otra Provincia, otro Instituto... aunque no se quiera, aunque se tenga que sangrar y sufrir, callar y gritar. Todo tiene su tiempo, nos recuerda la tradición de la sapiencia en la Escritura (cf. *Ecl* 3,1-15). Y el tiempo del Espíritu es este en el cual, la ligereza de tanta mediocridad y medianía solo pueden ser arrastradas

por el viento incontenible de una espiritualidad que dinamiza, impulsa, plenifica, sana y compromete con ilusión y esperanza.

Y esto no es engaño ante el presente, sino la gran posibilidad que se nos abre, por la sinodalidad, a no claudicar ante las fuerzas que propugnan por un regreso al pasado, por una recuperación de la regla estricta, del convento adusto, de las vestimentas, ritos y ceremoniales en lenguas incomprensibles, del refugio en la seguridad que viene de quienes nos van haciendo la vida según su modelo establecido. Libertad, la gran libertad del Espíritu para vivir con gratuidad y con pasión. Porque queremos, porque nos encanta, porque nos fascina, porque estamos bien dentro de la piel a pesar de todos los arroyos desbordados, derrumbes y lloros.

La gran Iglesia que sigue su marcha está siendo zarandeada por fenómenos dolorosos y lamentables, pero la punición no es el remedio más eficaz, sino la vuelta a la fuente del Espíritu recreando su santa Iglesia, purificándola por el arrepentimiento y la corrección, enviándola nuevamente a las ovejas perdidas de la casa de Israel, recuperando su condición de peregrina y su humilde identidad de servidora del Reino. Es bajando de los sitiales, de las dignidades, de los oropeles que la rigidez de un pasado que todo lo resolvía con la racionalidad no podrá volver a recuperar jamás. Los vientos de esperanza que, como la brisa suave de Ezequiel, esperamos sean el susurro de Dios con las reales medidas de transformación de curias y nombramientos en las instancias jerárquicas y en los organismos de gobierno de las comunidades religiosas (*1Re 19,3-15*)

Por lo dicho comprendemos que la relación de autoridad no estriba en la encarnación de la voluntad de Dios en una persona, llámese superior o superiora, animador o animadora sino en el

diálogo, el consenso, el discernimiento y la comunión que señala por dónde va la voluntad de Dios generando unidad desde la diversidad de origen, raza, identidades, en una realización de la condición de creados creadores a imagen del Dios comunión-unidad en la trinidad de las personas diversas y una. La relación de autoridad desde una sinodalidad no tiene otro lugar de realización que la escucha atenta del otro o la otra para discernir en común unidad, animadores y hermanos, por dónde caminar en la consolidación de comunidades compuestas de personas adultas, capaces de vivir la propia libertad con responsabilidad.

La vida religiosa tiene que recorrer el camino de la superación de religiosos o religiosas que se sienten con el poder de cambiar para aquí y para allá sin conversar por el camino de la vida, sin reconocer los prejuicios y cancelar contiendas, sin saber lo que se cuece al interior de la vida del hermano o la hermana. En vistas a la misión es necesario superar algunas costumbres que han hecho carrera en la vida religiosa, no es cambiar por cambiar porque se ha cumplido un período o dos, sino incentivar y cultivar una cierta permanencia que consolide los resultados de una misión por respeto al pueblo santo fiel de Dios y a sus procesos. De allí que la voz de los destinatarios de la misión deba contar en lo relativo a cambios de lugar y supresión de presencias apostólicas. Ello debe contar siempre con el consenso y el discernimiento en donde el pueblo de Dios tiene también una palabra a pronunciar y no solo las instancias de gobierno de la comunidad religiosa.

La autoridad desde una perspectiva sinodal excluye toda forma de poder como dominación o capacidad de lograr lo que se quiere por la fuerza o por el puesto que se tiene. Supone la conciencia de que no puede ser a la manera de los jefes de las naciones que dominan; que la primacía del servicio es la que generar autoridad en

los que tienen responsabilidades de animación en comunidades locales o provinciales; que toda pretensión de determinar la vida de los demás y generar rivalidades y preferencias por convergencias o divergencias ideológicas es contraria al sentido fundamental de la relación de autoridad, que debe estar cimentada en la ternura como modo sinodal de relación entre los hermanos y las hermanas en la vida religiosa.

4. Renovación de estructuras

Una vida religiosa sinodal no confunde renovación con reforma. Renovación es realizar en la vida cotidiana —como personas— y en la vida institucional —como comunidad— lo que no se ha hecho todavía para ser hombres y mujeres de la escucha atenta, del discernimiento y de la pasión por la misión de hacer presente el Reino desde ya, de la construcción de comunidades joviales, alegres, capaces de trabajar en equipo a partir de la riqueza que conlleva la diversidad de carismas y dones de los hermanos o hermanas.

Por ello, las estructuras formativas son las que prioritariamente deben ser renovadas para que favorezcan el desarrollo de religiosos capaces de manejar su libertad en responsabilidad, animadas por comunidades formativas y planes elaborados en mutua colaboración entre formadores y formandos, y en coherencia con la necesaria formación continua de todos los integrantes de una Provincia o unidad. Se hace evidente, entonces, que de una formación a partir de grupos se provoque el tránsito a una formación personalizada en base a procesos de acompañamiento que retoman la tradición del maestro o maestra, del Espíritu que camina junto a su hermano o hermana por el ilusionado camino de

configurarse con Cristo y vivir la eclesialidad desde la comunión que asume la misión con la alegría del Evangelio¹².

Sinodalmente, la promoción vocacional se centra en el testimonio vital de cada religioso o religiosa por su capacidad de dialogo abierto y franco, por su capacidad de escuchar las nuevas inquietudes de las nuevas generaciones, en la claridad, igualmente, de que no todo mundo es para este estilo de vida.

En la ligereza de equipaje y la creatividad e inventiva de los fundadores, tantas veces incomprendidos por las estructuras sociales, políticas, económicas y de Iglesia vigentes en su tiempo, se nutre la vivencia de modalidades ligeras y estimulantes de vida en comunidad en la que la misión es realizada desde la insoslayable opción por los pobres y excluidos que son reflejo del rostro sufriente de Cristo, el Señor¹³. Toda esa carga de horarios rígidos, vigilancias y permisos sustituidas por la confianza mutua, la responsabilidad compartida, la apertura a los laicos y laicas, y la atención a las nuevas formas de alienación que vive la humanidad contemporánea, para ser allí presencia profética por la autoridad que confiere el que lo confesado y predicado, correspondiendo con lo vivido y testimoniado en el día a día.

Esta necesaria renovación de estructuras nos hace conscientes de una realidad palmaria: vivimos la urgencia de nuevas presencias de la vida religiosa, que retan en la experiencia comunitaria a romper con mentalidades y modos de actuar que hacen de nuestras expresiones de oración gestos vacíos y sin contenido, rutinarios y estereotipados. La nueva época de la que nos habla Aparecida (cf. *DAp* 44) se presenta como abierta a la experiencia religiosa de otra manera. De allí que la vida religiosa esté siendo llamada a una recuperación de la narrativa, de la simbólica, de la

poética. De un discurso que, partiendo de la más rastrera, realidad sea capaz de contar historias y expresar vivencias, de decir lo que se hace y no tanto de crear una distancia insalvable entre los dichos y los hechos.

Y entonces, la vida comunitaria se convierte en profecía cuando una comunidad tiene objetivos comunes, metas e ideales comunes, cuando está constituida por hombres o mujeres capaces de estar abiertos a ser corregidos y educados por los demás, en apertura y disponibilidad a ser moldeados por lo femenino y lo masculino, a superar los machismos y resabios que han infravalorado a la mujer religiosa para recuperar la ilusión de una vida con sentido en el hoy de la santa Iglesia, y ello conlleva que nos anime la ilusión de ser aquellos y aquellas que acuden cotidianamente a la oración con entusiasmo y confianza, porque estamos seguros de que el Señor ha visto nuestra aflicción y viene a liberarnos de nuestros cansancios, de nuestro tedio, de nuestras taras, sin buscar culpables.

Mujeres y hombres abiertos, sinceros, francos, felices de compartir sus vidas con los otros, de conocer las historias de los hermanos y ser parte estimulante y vivificante de esa misma historia, que van a la profundidad espiritual que da la calma, que apacigua los espíritus y llena de paz y de esperanza. Contemplativos en medio del fragor de la vida, sabemos entrarnos en la tarde o en las noches, en las mañanas o al medio día, al silencio que invita a la intimidad con el Señor y allí arrancar del corazón de Dios todo lo que necesitamos para vivir la ilusión de nuestra entrega en comunidades sinodales fraternas y comprometidas con la misión.

Notas

- 1 _____ Para el asunto de la autoimplicación cf. EVANS, D.D. (1963) *The logic of self-Involvement: a philosophical study of everyday language*, SMC Pres.
- 2 _____ Cf. *Perfectae caritatis* 1.
- 3 _____ Cf. Recripto del Santo Padre Francisco sobre la derogación del Cánón 588-2 CIC. 18 de mayo de 2022.
- 4 _____ Cf. TUNC, S. (1999). *También las mujeres seguían a Jesús*. Santander: Sal Terrae.
- 5 _____ “Pasión por Cristo, pasión por la humanidad” fue la motivación fundamental del Congreso de Vida Religiosa celebrado en Roma con ocasión del inicio del tercer milenio.
- 6 _____ Carta del papa Francisco al cardenal Marc Oëllel, presidente de la Pontificia Comisión para América Latina. 19 de Marzo de 2016.
- 7 _____ METZ, J.B. (1978). *Las órdenes religiosas*. Barcelona: Herder.
- 8 _____ Cf. HOSTIE, R. (1973). *Vida y muerte de las órdenes religiosas*. Bilbao: Desclee de Brower.
- 9 _____ Son aspectos que se señalan igualmente en el Documento enviado por la CLAR a la Secretaría General del Sínodo: *Hacia una vida religiosa sinodal y misionera*. De igual manera, la CLAR ha realizado un seminario virtual sobre “Nuevos liderazgos sinodales en la vida religiosa”, con el aporte de teólogos y teólogos del equipo de asesores de la presidencia y otros más.
- 10 _____ Z. Baumann caracteriza este tiempo como líquido y G. Lipovsky como ligero Cf. BAUMAN, Z. (2007). *Tiempos líquidos*. Buenos Aires: Tusquets editores; LIPOVETSKY, G. (2016). *De la ligereza*. Barcelona: Anagrama.

- 11 Francisco Jordan, fundador de los Salvatorianos y las Salvatorianas expresa así el sentido mayor de la fe y la confianza en Dios. Cf. JORDAN, F. *Diario espiritual*.
- 12 Esta idea la he desarrollado con mayor amplitud en mi libro *Conversaciones en el camino* (2015). Bogotá: San Pablo.
- 13 Expresión asumida desde las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano en Puebla (1979) y Aparecida (2007) para hablar de la opción por los pobres como opción por Cristo: por Cristo a los pobres y por los pobres a Cristo.

Ignacio Madera Vargas

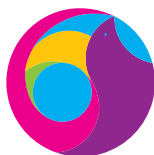


Colombiano. Religioso presbítero de la Sociedad del Divino Salvador (Salvatorianos), Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Javeriana de Bogotá (Colombia) Licenciado y Magister en Teología de la Universidad Javeriana de Bogotá (Colombia), Doctor en Teología y Ciencias de la Religión de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica). Ha ejercido la docencia en varias universidades de

Colombia y ha escrito numerosos libros y artículos académicos. También ha sido miembro y coordinador del Equipo de Teólogos Asesores de la Presidencia de la CLAR y Presidente de la misma en el período 2006-2009. Es miembro de Amerindia Colombia

Me propongo reflexionar acerca de los desafíos a los que está llamada a responder una vida religiosa sinodal a nivel de: la autocomprensión de su ser en la Iglesia, las relaciones *ad-intra* y *ad-extra*, el ejercicio de la autoridad y la renovación de estructuras.

La vida religiosa sinodal supone dos tipos de procesos: personales de recuperación de su sentido a partir del seguimiento contextualizado de Jesucristo, y procesos institucionales de renovación de estructuras.



Observatorio
Latinoamericano
de la Sinodalidad

ISBN: 978-9915-9843-0-8

